

En el centenario del nacimiento de Simone Weil –Sociedad, desdicha y fe– 1.ª parte

Miguela Domingo Centeno
Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle

Antonio Casado Delgado
Universidad de Cádiz.

Resumen

Podemos afirmar que el tema central en el pensamiento de Simone Weil es el tema de la desgracia. En este artículo se hace referencia al profundo y particular análisis que hace Weil sobre las causas y consecuencias de la desgracia humana, sobre los mecanismos y alteraciones que origina en la vida de los hombres y de las sociedades. Su pensamiento, no es un pensamiento abstracto. En ella, vida y pensamiento se unen y es capaz de asumir no sólo intelectualmente la desdicha los otros, sino también identificarse y ponerse en el lugar de lo más desheredados.

Por la originalidad de sus experiencias, por la profundidad de sus reflexiones, que anticipan problemas actuales, puede ser considerada esta autora como una abanderada en la lucha por conseguir que los derechos humanos se extiendan a toda la humanidad y un caso excepcional en el pensamiento contemporáneo de intelectual comprometida en la búsqueda de la Verdad.

Palabras clave

Desgracia; Necesidad; Adiestramiento; Energía; Deseo; Fuerza.

In the centenary of Simone Weil's birth –Society, unhappiness and faith– 1st part

Abstract

We can state that the main topic in Simone Weil's thought is the topic of misfortune. This paper deals with Weil's

deep and particular analysis on the causes and consequences of human misfortune, on the mechanisms and alterations it creates in the life of people and societies. Her thought is not an abstract one. In her, life and thought

Indivisa, Bol. Estud. Invest., 2009, n.º 10, pp. 187-198

ISSN: 1579-3141

are linked and she is able to accept the others' misfortune not only intellectually, but also to identify with the most helpless and put herself in their place.

Due to the originality of her experiences, the depth of her reflections that anticipate current problems, this author can be considered as a defender of extending human rights to all mankind. Moreover, she can be considered as an exceptional case in contemporary thought of an intellectual committed to the search for Truth.

Key words

Misfortune, Need; Training; Energy; Desire; Strength.

Toda desgracia del hombre no es más que el efecto del despliegue de una fuerza. Ese enlace de estos dos conceptos (*malheur* y *force*) está para Simone Weil perfectamente expresado en el poema homérico *La Iliada*. El poema muestra cómo el héroe cede siempre a la fuerza, tanto si la ejerce como si la sufre. La fuerza hace del hombre una cosa, y el cadáver es la máxima expresión de esa cosificación, el efecto supremo de la fuerza. El poema enseña que el conocimiento de la fuerza y el sentimiento de la desgracia son las condiciones de la justicia y del amor humanos. Una civilización que ignora algunos de esos principios (fuerza o miseria) no podrá aspirar a la justicia, ni conocerá el amor, porque cada individuo creerá que la miseria nunca le afectará a él. Al contrario una civilización que los tiene presentes, desarrollará un instinto para captar la debilidad y no aprovecharse de ella.

La Necesidad es una irracionalidad soberana que parece tener tal dominio sobre el mundo material que la razón

humana es intimidada. El dominio de la necesidad es evidente e incontestable.

Para Simone Weil, como para Platón, en quien se inspira para su análisis, el origen de este mundo viene de una mezcla y combinación de necesidad e inteligencia, en la cual la inteligencia gobierna la necesidad persuadiéndola a conducir la mayor parte de las cosas creadas hacia el bien. La necesidad misma, dice el *Timeo*, es domada para que, de acuerdo con la razón, las cosas puedan actuar y encaminarse hacia lo mejor¹. Aquello que podríamos llamar la doxología platónica de Weil se apoya sobre este asunto, que es sintetizado así en el Simposio 205e-206a: «No es verdad que un hombre ama aquello que le pertenece. No hay otro objeto de deseo para el hombre que el Bien» Y en las Leyes 716c: «Dios es la medida de todas las cosas», es la respuesta de Protágoras al humanismo de todas las filosofías materialistas. Como para Platón y los estoicos, para ella la necesidad sirve de unión entre la acción humana y la voluntad divina. Es ella misma divina, una caso de fuerza mayor, como dirían los franceses, porque es aquello que es decretado por Dios.

La Necesidad para Simone pesa como la ley de la gravedad. Anida en la existencia incontrovertible del límite natural, en el hecho que todo el bien de este mundo está unido al mal y que existe la muerte. Pero Weil no es fundamentalmente una mujer pesimista. Pensar que la realidad consista solamente en aquello que es impuesto por la necesidad, sería abrir el camino hacia una huida de los problemas reales o hacia una desesperación ateísta.

¹ NEVIN, T. (1997): *Simone Weil: Ritratto di un'ebrea che si volle esiliare*, Milano, Bollati Boringhieri, p.150.

Si bien la influencia platónica y estoica es evidente no podemos caer en el error de ver en ella reflejadas todas las corrientes filosóficas de las que habla. Este error en el que muchas de las personas que sobre ella han escrito han caído puede deberse a su forma peculiar de escribir y a la desorganización de sus escritos. Simone Weil en ninguna manera cree en la predestinación, ni pone excesivamente el acento en el problema del alma.

Sin embargo mucho peor que la necesidad natural es la organización social. El poder con el cual la autoridad constituida oprime a la gente, es una derivación de la fuerza, de la necesidad presente en la naturaleza. La organización social es una transposición de la necesidad que en la naturaleza constriñe a los hombres². Todo orden social, sostiene Simone Weil se apoya en diversa medida sobre estas ilusiones complementarias de ser patrón o sometido, sobre estos engaños que usurpando la fuerza de la materia, reducen los hombres a cosas, a menudo con su desdichada colaboración; y viceversa, todo bien auténtico- la independencia del pensamiento, la vitalidad del amor-

actúa contra este mecanismo con una solicitud que es revolucionaria en el sentido más basilar de la palabra: o sea clarifica el legítimo orden de las cosas, aquel que se encuentra en la naturaleza. Aquí como había pensado Anaximandro, el exceso debe rendir tributo a la justicia. De frente, a la necesidad que se manifiesta en la naturaleza, no tenemos escapatoria; pero cuando estas leyes de la necesidad se traducen en fuerza de la organización social, entonces es posible sentirse esclavos o patronos por decreto de la naturaleza, como si fuésemos predestinados a obedecer por toda la eternidad a un papel o a otro que nos ha tocado en suerte³.

La sociedad es la necesidad llevada a una fatal distancia de la naturaleza. Simone Weil identifica la organización social con el mal⁴. La sociedad organiza el mal como si fuese un bien⁵. El fe-

² «In quello che gli ottimisti chimerebbero progresso ella vede all'opera un misterioso equilibrio: piú una cultura è libera dai pesi immediati della natura, piú i meccanismi di oppressione aumentano. La società piú avanzata, quindi, quella da cui germogliano sempre nuove stregonerie della tecnica, è la meglio attrezzata a sopraffare i suoi singoli membri con la forza di un cataclisma naturale. Il peso della necessità è spostato e trasformato, ma non scaricato». *Ibid*, p. 153. «En aquello que los optimistas llamarían «progreso» ella ve de hecho un «misterioso equilibrio»: Cuanto más una cultura se libera de los pesos inmediatos de la naturaleza, más aumentan los mecanismos de opresión. La sociedad más avanzada, es decir, aquella en la que crecen siempre nuevas mentiras de la técnica, es la mejor preparada a oprimir a sus miembros singulares con la fuerza de un cataclismo natural. El peso de la necesidad es aparcado y transformado, pero no eliminado»

³ Cf. WEIL, S. (1993) *A la espera de Dios*, Madrid, Trotta, p.84.

⁴ «Mecánica humana. Quien sufre trata de comunicar su sufrimiento- ya sea zahiriendo a otro, ya sea provocando su piedad- con el fin de disminuirlo, y a fe que lo consigue. A quien está abajo del todo, al cual nadie compadece, ni tiene poder para maltratar a nadie (por no tener hijos, ni otras personas que lo amen), el sufrimiento se le queda dentro y le envenena. Y ello resulta insoslayable, como la ley de la gravedad. ¿Cómo se libera uno de ello? ¿Cómo se libera uno de lo que es como la gravedad?». WEIL, S. (1994) *La gravedad y la Gracia*, Madrid, Trotta, p.57.

⁵ «El mal es la sombra del bien. Todo bien real, dotado de solidez y de espesor, proyecta una parte del mal. Únicamente el bien imaginario no la proyecta. Dado que todo bien está ligado a un mal, siempre que se desea el bien y no se quiere esparcir alrededor de sí su correspondiente mal, se está obligado a concentrar ese mal en uno mismo, ya que evitarlo resulta imposible. De manera que el deseo del bien totalmente puro implica la aceptación para sí del último grado de la desgracia. Si únicamente se desea el bien, se entra en oposición con la ley que liga el bien real al mal como el objeto iluminado a su sombra, por lo que al estar en desacuerdo con la ley universal

nómeno nazi, que a ella le tocó vivir directamente y todo ese culto a la grandeza de la raza, de la voluntad de poder que se propagó en esos años como una peste es un ejemplo de ello. La sociedad intenta pasar los límites impuestos por la naturaleza e intenta transformar el bien relativo en un bien absoluto⁶. Vivimos en una determinada sociedad. La opinión pública indica una serie de valores, de objetos señalados como deseables. Se vive en el interior de una red de signos creados por la sociedad y por los cuales deseamos aquello que es deseado también por otros. Esta circulación de símbolos sociales del deseo ha perdido cualquier relación con el objeto del deseo, que pasa a ser objeto de cambio para el reconocimiento de uno mismo como sujeto perteneciente a una determina-

del mundo, es inevitable que se caiga en la desgracia». *Ibid.*, p. 140.

⁶ «Il perno dell'imperialismo romano, sostiene la Weil, era l'effetto psicologico della sua crudeltà, che si dimostra un incomparabile strumento del dominio. Perché essendo cieca e sorda come la forza della natura, e tuttavia chiaroveggente e previdente come l'intelligenza umana, con questa combinazione mostruosa essa paralizza gli animi dando la sensazione di essere una fatalità. Duemila anni prima di Hitler i romani avevano capito che la forza aiuta solo se congiunta alla politica. L'asservimento della Grecia da parte di Roma nel II secolo a.c. segnò la fine della civiltà antica.

Lo statalismo romano fu dunque il primo tentativo riuscito di cooptare la necessità». NEVIN, T. Simone Weil; *Ritratto di un'ebrea che si volle esiliare*, p. 161. «La dureza del imperialismo romano, sostiene Weil, era el efecto psicológico de su crueldad que se demuestra como un incomparable instrumento de dominio. Porque siendo ciega y sorda como la fuerza de la naturaleza, es sin embargo como la inteligencia humana, con esta combinación monstruosa paraliza los ánimos dando la sensación de ser una fatalidad. Dos mil años antes de Hitler los romanos habían comprendido que la fuerza ayuda solamente si se alía con la política. La invasión de Grecia por parte de los romanos en el siglo II a.C. marcó el final de civilización antigua. El estatalismo romano fue por tanto el primer tentativo».

da sociedad. En el hecho de desear aquello que otros desean declaramos la pertenencia a esta sociedad, con frecuencia inconscientemente.

La sociedad nos engaña y manipula mortificando no sólo nuestro cuerpo, sino el pensamiento⁷. Simone Weil emplea la palabra *dressage* que indica la educación de los animales, el adiestramiento, para referirse a este fenómeno.

Invertir la energía del deseo en las necesidades es un camino peligroso. Piénsese en el comer como necesidad: invertir en ello la energía suplementaria del deseo significa permanecer prisioneros en el girar monótono de la repetición, sin dejar alas a la fuerza del deseo. Es una vida sin alma. Lo que el avaro busca acumulando dinero no es el dinero propiamente, sino algo que no sabe nombrar y a lo que da esta forma. Nadie puede vivir sólo en la pura repetición de los bienes necesarios para existir. Pero mucho más peligroso resulta si la sociedad nos hace invertir nuestras energías en falsas necesidades, o en el mal. Es como si en vez de invertir nuestra energía en satisfacer la necesidad de comer la invirtiéramos en injerir un veneno mortal. Los ricos, los poderosos, se instalan en la mentira, en su propio mundo que ha sido creado como un escenario fantástico, por su propia imaginación colmadora de vacíos y obligan a los más

⁷ «Aquellos cuya ciudad había sido destruida y ellos conducidos a la esclavitud no tenían ya ni pasado ni porvenir. ¿Con qué podían llenar su pensamiento? Con mentiras, y con las más infimas, con las más deplorables codicias, más dispuestos seguramente a correr el riesgo de la crucifixión por robar un pollo que anteriormente el de la muerte en el combate por defender su ciudad. Con absoluta certeza, porque sino, no habrían sido necesarios aquellos horribles suplicios». *Ibid.*, p. 59.

débiles a acoger su realidad como si fuera la realidad misma⁸.

En sus análisis que hace del mundo de la fábrica aparece con toda su crudeza descrito este fenómeno. Nos alargáramos demasiado en este homenaje referir los numerosos ejemplos que Simone nos describe; por ello os remitimos a su libro *La condición obrera*⁹. Cartas, un largo diario de fábrica, análisis y observaciones sobre la psicología proletaria, proyectos para un nuevo régimen interno de las empresas industriales hacen de este libro un documento único. En él relata sus experiencias con descripciones minuciosas. El ritmo de las cadenas de producción se convierte en uno de los temas principales en sus anotaciones; el obrero difícilmente puede mantener la rapidez que se le exige y su salario está por debajo de lo normal. En su diario califica el trabajo de fábrica de trabajo inhumano.

La experiencia de trabajo en la fábrica de Simone Weil fue terrible, físicamente débil, con grandes dolores de cabeza, experimentó en sus propias carnes la preocupación del poco dinero que no llega para vivir, la enfermedad, el miedo. El no poder y el no querer pensar que embrutece a los trabajadores y les reducen a esclavos en el sentido literal de la palabra. *La Condición Obrera* es el testimonio de su experiencia y de su reflexión en torno a esta experiencia. El Obrero, dice Simone Weil busca no pensar, porque cualquier asomo de pensamiento y de conciencia son do-

lorosos, no piensa y así le cunde más el trabajo en la máquina. Aprende así el ritmo veloz de la producción. De esta experiencia obrera sale Simone Weil físicamente y moralmente rota. Ha visto la brutalidad de la máquina, la instrumentalización con fines políticos de las reivindicaciones de los obreros.

En sus observaciones sobre el adiestramiento en la fábrica, Simone no se refiere solamente a los trabajadores, sino también a los jefes. Tanto el que da una orden como el que la obedece están sometidos a este proceso de embrutecimiento y adiestramiento. Todo orden social se apoya, según Simone Weil, sobre estas ilusiones de ser patrón o esclavo por decreto de la naturaleza, sobre estos engaños que usurpando la fuerza a la naturaleza convierten a los hombres en cosas.

La locura nace del tentativo de pasar los límites impuestos por la naturaleza¹⁰. Todo mortal debe reconocer que no es

¹⁰ «La necessità osserva la Weil, esercita così una sorta di fatalità su ogni organizzazione sociale, poiché il potere ha, in ogni armonia umana, il ruolo di verme nascosto, che corrompe e tuttavia limita i suoi apparenti detentori. In omaggio a Marx, di cui plaude le intuizioni sui meccanismi sociali pur criticandolo per non averne analizzato il contenuto come forme di oppressione, raccomanda uno «studio scientifico» della storia, uno studio delle azioni e delle reazioni che si producono perpetuamente tra l'organizzazione del potere e i processi della produzione». NEVIN, T. Simone Weil: *Ritratto di un'ebrea che si volle esiliare*, p. 153. «La necesidad observa la Weil, ejerce así una suerte de fatalidad sobre toda organización social, ya que el poder tiene, en toda armonía humana, el papel de gusano escondido, que corrompe y sobretodo limita a sus aparentes poseedores. En homenaje a Marx, al cual aplaude las intuiciones sobre los mecanismos sociales aunque le critica por no haber analizado el contenido como forma de opresión, recomienda un «estudio científico» de la historia, un estudio de las acciones y de las reacciones que se producen perpetuamente entre la organización del poder y los procesos de la producción»

⁸ «La realidad del mundo la hacemos nosotros con nuestro apego. Es la realidad del yo trastadada por nosotros a las cosas. En modo alguno es la realidad exterior. Ésta no es perceptible más que por medio del desapego total. Mientras queda un hilo, habrá asimiento». WEIL, S. *La gravedad y la gracia*, p. 64.

⁹ WEIL, S. (1980): *La condizione operaria*, Milano, Comunità, p. 118.

posible ninguna fuga de la naturaleza por medio de la razón o de la voluntad. El hombre no debe caer nunca en el error de sentirse señor o patrón de la natura. La opresión es la demostración metafísica de que no convivimos con la bondad, la belleza y la verdad. En nuestro mundo hay una confusión entre el Bien y el Poder. Simone para explicarnos esta confusión, nos remite a un pasaje de Tucídides 5, 87-111. Los atenienses en guerra contra Esparta querían que los habitantes de la pequeña isla de Melos se uniesen a ellos. El pasaje al que hace referencia son las palabras que Tucídides pone en boca de los atenienses: «Tratemos más bien de lo que es posible... Lo sabéis igual que nosotros; tal como está constituido el espíritu humano, lo justo sólo se considera cuando hay igual necesidad por ambas partes. Pero si una parte es fuerte y la otra débil, lo posible es impuesto por la primera y aceptado por la segunda. Tenemos la creencia respecto a los dioses y la certeza respecto a los hombres de que siempre, por necesidad de la naturaleza, cada cual domina donde tiene posibilidad de hacerlo. No somos nosotros quienes hemos formulado esta ley ni los primeros en aplicarla; la hemos encontrado establecida y la conservamos, pues debe durar siempre y por eso la aplicamos. Sabemos que también vosotros, como cualesquiera otros, actuaríais de la misma forma si tuvieseis el mismo poder»¹¹.

En este diálogo se llega rápidamente a la conclusión que ni la justicia, ni el honor ni nada puede ser obstáculo para el puro y simple poder. Los mismos dioses mandan, no con la virtud, sino con lo que Tucídides llama la «necesidad de la naturaleza».

¹¹ WEIL, S. (1993): *A la Espera de Dios*, Madrid Trotta, p. 89.

En línea con el pensamiento de Bergson, de gran actualidad en la época en que vivió Simone Weil, dice que el ser humano se encuentra nada más nacer arrojado al límite, a la necesidad. Se trata de la necesidad de alimentarse, de dormir, de la necesidad de tener un espacio propio, etc.¹² Si las necesidades terrenas inmediatas del cuerpo y aquellas más mediatas, como la de un círculo de amistades, un medio, un ambiente... no se satisfacen, las personas se encuentran viviendo en una situación de desarraigo. Y esto conlleva una pérdida de energía vital.

Los bienes limitados y necesarios son fuentes de nuestra energía vital. La autora utiliza traslaciones analógicas de sus estudios sobre la energía térmica y la energía mecánica al estudio del alma humana. Muchos de estos conocimientos están dentro de la corriente de pensamiento que se ha venido a llamar con el nombre de Vitalismo. Hoy en día, gracias a los espectaculares avances que han tenido lugar en el mundo de la ciencia, sobretodo en el campo de la genética humana, las ideas vitalistas han quedado algo superadas y con ello también algunas de las aplicaciones que Simone hizo a su pensamiento. Según Simone Weil tenemos una energía que proviene de las necesidades satisfechas. Poseemos

¹² «Algunas de estas necesidades son físicas, como el hambre. Son bastante fáciles de enumerar. Atañen a la protección contra la violencia, al alojamiento, al vestido, al calor, a la higiene, a los cuidados en caso de enfermedad. Hay otras necesidades, en cambio, que no tienen relación con la vida física, sino con la vida moral. Pero también son terrenas, como las primeras, y tampoco tienen una relación directa accesible a nuestra inteligencia con el destino eterno del hombre. Son, como, las necesidades físicas, necesidades de la vida de aquí abajo.» WEIL, S. (1996): *Echar raíces*, Madrid, Trotta, p. 25.

también una energía suplementaria que nutre el deseo. Esta energía suplementaria que nutre el deseo la podemos orientar hacia el Bien o hacia el Mal. Cuando la fuerza de gravedad mantiene enredado el deseo, éste es arrastrado hacia abajo; se traslada de objeto en objeto, sin sentirse nunca satisfecho. Es este deseo el que empuja a don Juan a ejercer su seducción sobre infinidad de mujeres, o lleva al ambicioso a ponerse siempre a prueba en empresas nuevas, o conduce al avaro a acumular dinero. Así explica Simone Weil este mecanismo: «El mecanismo por el que una situación demasiado dura rebaja, estriba en que la energía proporcionada por los sentimientos elevados es normalmente limitada; si la situación requiere que rebase ese límite, entonces hay que recurrir a bajos sentimientos (miedo, codicia, gusto por los triunfos y honores externos), que son más ricos en energía. La energía liberada por la desaparición de los objetos que antes constituían móviles tiende siempre a ir para abajo. Los bajos sentimientos (envidia, rencor) son energía degradada»¹³.

Weil piensa el deseo como un movimiento por energía suplementaria, como una riqueza que tenemos potencialmente y está de más respecto a la pura y simple reproducción de la existencia. El deseo no está caracterizado por la carencia, sino por la riqueza. La satisfacción de un deseo vinculado a la gravedad no genera nunca un relajamiento de la tensión. Esto lo diferencia radicalmente el deseo de las necesidades que se adquieren una vez satisfechas.

El continuo envite del deseo es, realmente, fruto de la actividad imaginativa del yo que no soporta el vacío y la

repelición de la vida y crea dentro de sí una plenitud imaginaria en la que proyectarse¹⁴. Para ella esto se hacía evidente en la guerra civil española y no podía soportar el espectáculo de esos hombres jóvenes, llenos de salud, destinados a la muerte para satisfacer unas ideologías que ni ellos mismos entendían.

En la manera en que Simone Weil trata el tema del deseo se ven influencias platónicas. Platón en *El Banquete* habla del *eros*, y del movimiento del deseo unido a él, como hijo de *Penia*, carencia, y de *Poros*, astucia. Desea significar, pues, ir a la búsqueda de aquello que nos falta.

Esta idea del deseo que nace de la carencia ha influido la cultura del siglo xx a través del psicoanálisis, especialmente lacaniano. Lacan retoma esta idea de deseo como carencia. Este aspecto de la descripción del deseo es muy similar al de Weil cuando critica la irrealidad de los deseos del yo, mediados por una red de signos de lo social, que en realidad es el deseo de otros.

Pero para poder tener acceso a la realidad, Weil nos exige ponernos del lado de los más débiles, de quienes se sienten hundidos por el peso de la necesidad. Ella siempre se identificó y hasta el fondo, con quienes en cada caso

¹⁴ «La imaginación que llena los vacíos es fundamentalmente mentirosa. Excluye la tercera dimensión, porque únicamente los objetos reales son los que aparecen en las tres dimensiones. Excluye las relaciones múltiples. Procura definir las cosas que, aún ocurriendo realmente, son en cierto sentido imaginarias, guerra, crímenes, venganzas, desgracia extrema. En España, los crímenes se comían de verdad, y, sin embargo, parecían puras bravuconadas. Realidades que no tienen otra dimensión que la del sueño». *Ibid.*, p. 67.

¹³ *Ibid.*, p. 66.

llevan la parte peor: excluidos, humillados, perseguidos, con quienes padecen la injusticia o cargan en sus vidas con la desigualdad; con la multiforme humanidad sufriente.

Y esto no lo hace movida por un fanático ascetismo, ni por un desprecio enfermizo del placer o la felicidad. Sino como aquel que ha descubierto en ello una vía de escape al callejón sin salida en que la humanidad estaba metida.

Al igual que los niños en las primeras etapas de su vida deben aprender a rectificar y reprimir lo ilusorio de la percepción del espacio, debemos hacer los hombres respecto a la percepción del tiempo, de los valores, de las relaciones, del ser. La casa en la que vivimos está llena de fantasmas que aparecen por todos los rincones y que nos hacen vivir tanto a los señores como a los siervos en un estado de continuo sobresalto que nos impide disfrutar de la belleza de la vida. Simone Weil nos lo explica así: «Estamos en la irrealidad en el sueño. Renunciar a nuestra situación central imaginaria, no sólo con la inteligencia sino también con la parte imaginativa del alma, es despertar a lo real, a lo eterno, ver la verdadera luz, oír el verdadero silencio. Se opera entonces una transformación en la raíz misma de la sensibilidad, en el modo inmediato de recibir las impresiones sensoriales y las impresiones psicológicas. Es una transformación análoga a la que se produce cuando, de noche, en un camino, distinguimos de repente un árbol donde habíamos creído ver un hombre agachado; o cuando percibimos un susurro de hojas donde habíamos creído oír un cuchicheo. Se ven los mismos tonos, se oyen los mismos sonidos, pero no de la misma forma. Vaciar de la falsa divinidad, negarse a sí mismo, renunciar a ser en la imagi-

nación el centro del mundo, comprender que todos los puntos podrían serlo igualmente y que el verdadero centro está fuera del mundo, es dar el consentimiento al reino de la necesidad mecánica en la materia y de la libre elección en el centro de cada alma. Este consentimiento es amor».

La forma más pura de contacto con la realidad para Weil es la desdicha. La desdicha nos hace salir de nuestras fantasías impidiendo a la imaginación crear espacios donde encontrar refugio a la realidad. La desdicha es un remedio contra el refugio en las ilusiones, en las mentiras.

Simone Weil introduce en su pensamiento un análisis profundo de la desdicha, del sufrimiento como una condición necesaria del existente y de los mecanismos y alteraciones que origina en la vida de los hombres. No es un análisis abstracto, sino que ella misma asume en su propio cuerpo la desdicha propia y la de los otros, identificándose, encarnándose plenamente en la vida y en la cultura que le ha tocado vivir. A partir de experimentar ella misma la desdicha, comprende que, a quien está tan bajo en la escala de lo social como para haber interiorizado la mirada del otro que lo desprecia, no le sirve cualquier forma de pensamiento, sobretodo si es la misma forma de pensamiento que la del poderoso que le oprime.

La experiencia de la desdicha permite a Weil recuperar espacios de pensamiento que la filosofía tradicional había perdido. Simone se detiene delante del hombre que sufre y delante de él se plantea el gran interrogante de su filosofía ¿Qué es la desdicha?, ¿Por qué existe la desdicha en esta vida y por qué se introduce como un clavo afilado en la vida de algunos hombres?

Y la respuesta que nos da es una respuesta abierta donde se mezclan sus profundos conocimientos filosóficos, conocimientos que demuestran la gran influencia que tuvo en ella su maestro Alain. En el centro del pensamiento del filósofo Alain permanece la idea de que el hombre que sufre es superior al Dios que no puede sufrir. Alain dice que en lo más hondo del hombre hay algo que él llama espíritu y a lo cual ha de sacrificarse todo. Todo lo que es poder mundano y carnal ha de sacrificarse al espíritu, que es pura impotencia. La cruz es el no contra el poder. Y esto supone una revolución en el concepto mismo de Dios. Se dice que Dios es omnipotencia, pero en realidad debe ser débil, dice Alain. Dios es un niño que sin nuestro cuidado dejaría de ser Dios.

En la visión weiliana de la desdicha el hecho más triste parece ser que todo hombre insiste en quererla huir buscando la protección, alguna vez personal, pero generalmente colectiva, de construcciones artificiales, fantasías que dan la certeza del poder. El remedio propuesto por Simone Weil contra el refugio en la ilusión es estar atentos a la presencia de la desdicha, ya que ésta no admite ninguna relación con la mentira. El gran enigma de la condición humana para Weil no es el sufrimiento, sino la desdicha. El hombre golpeado por la desdicha queda multado para siempre. Esta infelicidad radical crea una enorme soledad. Se le puede quitar el sufrimiento físico o moral pero no se le puede aliviar de la desgracia. Alrededor del desdichado se crea un desprecio que influye no solamente en las relaciones con los otros, sino también consigo mismo.

El hombre que se siente atrapado en la desdicha y que no tiene medios a su alcance para poder huir de la dura obligación, no le queda otra alternati-

va sino la de convencerse de que las mismas cosas a las que se le obliga las cumple voluntariamente. Simone que ha experimentado en su propia piel la desdicha comprende hasta donde llega la capacidad inventiva del hombre que se encuentra tan desarraigado que al no quedarle nada para amar, se llega a convencer a sí mismo para amar aquello que le está oprimiendo. De hecho Weil afirma que el poder de los dominadores no podría sostenerse, ni siquiera un instante, sin el consentimiento interior de los dominados

La desdicha es difícil de definir. La desdicha huye de cualquier significado genérico. No es solamente el dolor ni el sufrimiento. Es una pena sin límites, una tristeza tanto del cuerpo como del espíritu, una parálisis que no tiene un origen fácilmente visible. Solamente los que han estado en contacto con ella saben lo que es, aunque tampoco ellos sepan de dónde le viene esa pena interior tanto del cuerpo como del alma.

La desdicha es inseparable del sufrimiento físico y sin embargo es completamente distinta. Es perfectamente posible experimentar sufrimiento, sin experimentar la desdicha. La desdicha es un desarraigo de la vida, un equivalente más o menos atenuado de la muerte, que se hace presente al alma de manera ineludible por el impacto del dolor físico o el temor ante su inmediatez. Si el dolor físico está ausente por completo no hay desdicha para el alma, pues el pensamiento puede ser dirigido hacia cualquier otro objeto. El pensamiento huye de la desdicha tan pronta e irresistiblemente como un animal huye de la muerte. Sólo el dolor físico tiene en este mundo la propiedad de encadenar al pensamiento; a condición que en el dolor físico se incluyan ciertos fenómenos difíciles de describir, pero corporales, que le son

rigurosamente equivalentes. El temor al dolor físico, en particular, es de esta especie. Entre la desdicha y los dolores que, aun siendo muy violentos, profundos o duraderos, son distintos a la desdicha propiamente dicha, existe a la vez la continuidad y la separación de un umbral, como en la temperatura de ebullición del agua. Hay un límite más allá del cual se encuentra la desdicha, pero no más acá. Este límite no es rigurosamente objetivo, pues en su determinación intervienen toda clase de factores personales. Un mismo acontecimiento puede sumir a un ser humano en la desdicha y no a otro.

Nos cuesta mucho trabajo entender y vivir en la realidad, que es una mezcla de bien y mal. Por eso preferimos vivir en la irrealidad creyéndonos que es un bien. Son muchos los mecanismos humanos que nos hacen anclarnos en el mal y hacen muy difícil emprender el camino hacia el bien. Muchas veces todo comienza como un inofensivo juego de imaginación y se acaba en lo más bajo. Una vez allí y por ese mecanismo de trasvase el hombre se ve incapacitado para salir.

Todo el mundo percibe el mal dentro de sí, siente horror y quiere librarse de él. Fuera de nosotros, vemos el mal bajo dos formas distintas, sufrimiento y pecado. Sentimos en nosotros algo que no es ni sufrimiento ni pecado, que es a la vez lo uno y lo otro, la raíz común de ambos, una mezcla indistinta de los dos, mancha y dolor al mismo tiempo. Es el mal en nosotros. Es la fealdad en nosotros. En la medida en que lo sentimos, nos produce horror. El alma lo rechaza como si quisiera vomitarlo y lo proyecta por una operación de transferencia a las cosas que nos rodean. Pero, tornándose entonces feas y manchadas a nuestros ojos, las cosas nos devuelven el mal que en ellas habíamos puesto. Nos lo devuelven aumentado, pues, en el intercambio, el mal que está en nosotros se acrecienta. Nos parece entonces que los lugares en que estamos, el medio en que vivimos, nos aprisionan progresivamente en el mal. Es ésta una angustia terrible. Cuando el alma, agotada por la angustia, deja finalmente de sentirla, hay poca esperanza de salvación para ella. Comienza el tremendo camino de la desdicha.

Dirección de contacto:

mdomingo@lasallecampus.es
antonio@conil.e.telefonica.net

Bibliografía

- BEA PÉREZ, E. *La memoria de los oprimidos*, Madrid, Encuentro, 1992.
- CANCIANI, D. *Tra sventura e bellezza*, Roma, Lavoro, 1998.
- FIORI, G. *Simone Weil. Une femme absolue*, Paris, Félin, 1987.
- HAIGNE, L. *Vies et oeuvres d'écrivains*, Paris, Messailler, 1965.
- HALDA, B. *L'évolution spirituelle de Simone Weil*, Paris, 1964.
- NATOLI, S. *L'esperienza del dolore*, Milano, Feltrinelli, 1980.
- NEVIN, T. *Simone Weil: Ritratto di un'ebrea che si volle esilare*, Milano, Bollati Boringhieri, 1997.
- PERRIN, J. M. *Mon dialogue avec Simone Weil*, Paris, La Colombe, 1950.
- PÉTREMENT, S. *Vida de Simone Weil*, Madrid, Trotta, 1997.
- REVILLA, C. *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid, Trotta, 1995.
- REVILLA, C. *Nombrar la experiencia*, Madrid, Trotta, 2003.
- TILLIETE, X. *El Cristo de la Filosofía*, Bilbao, Decleé de Brower, 1994.
- TOMMASI, W. *Simone Weil: Segni, Idoli e Simboli*, Milano, Franco Angeli, 1994.
- WEIL, S., *Pensée sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Paris, Gallimard, 1962.
- WEIL, S., *Reflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale*, Paris, Gallimard, 1980.
- WEIL, S., *La condition ouvrière*, Paris, Gallimard, 1951.
- WEIL, S., *L'Enracinement*, Paris, Gallimard, 1949.
- WEIL, S. *A la Espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993.
- WEIL, S. *Echar raíces*, traducción de J.C. González Pont y J. R. Capella, Madrid, Trotta, 1996.
- WEIL, S., *Cuadernos*, Madrid, Trotta, 2001.
- WEIL, S. *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, traducción de C. Revilla, Barcelona Paidós, 1995.
- WEIL, S. *Pensamientos desordenados*, Madrid, Trotta, 1995.
- WEIL, S., *Ensayos sobre la condición obrera*, traducción de Antonio Jutglar, Barcelona, Nova Terra, 1962.

